

canzar el perdon, la salvacion y todas las gracias que necesito, de un Dios todopoderoso que ha dado toda su sangre por mí? ¡Ah, Jesús mio, esperanza mia, por no perderme á mí habeis querido perder vuestra vida! ¡No permita Dios que yo os pierda, ó bien infinito! Si os he perdido por lo pasado, ya me arrepiento: no, en adelante no quiero ya abandonaros: á Vos toca el ayudarme, á fin de que ya no os pierda mas. Señor, yo os amo, y quiero amaros siempre. Ó María, despues de Jesús Vos sois la esperanza mia: decid á vuestro Hijo que Vos me protegeis, y yo me salvaré. Amen, así sea.

CAPÍTULO XV.

*Del amor que el Padre eterno nos ha manifestado dándonos á su Hijo.*

1. Dios ha amado tanto al mundo, dice Jesucristo, que le ha dado á su propio y único Hijo <sup>1</sup>. Tres cosas debemos considerar en este don: quién es el que da, lo que da y el amor con que lo da. Y desde luego es bien sabido que cuanto mas elevado es el que da, tanto mas precioso es el don. Si alguno recibe una flor de mano de un monarca, estima en mas esta flor que un tesoro. Pues bien: ¡cuánto deberémos estimar el don que nos viene de la misma mano de Dios! Pero ¿cuál es este don que nos hace Dios? Su propio Hijo. Era poco para el amor de Dios Padre el habernos colmado de sus bienes en la tierra; convenia además que llegara hasta darse á sí mismo en la persona de su Verbo encarnado. No es ya un siervo suyo, no es tampoco un Ángel, es su mismo Hijo lo que ha dado, di-

<sup>1</sup> Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. iii, 16).



ce san Juan Crisóstomo <sup>1</sup>. También la Iglesia santa exclama en los transportes de su admiración: ¡Oh maravillosa dignación de vuestra ternura para con nosotros! ¡Oh rasgo incomprendible de caridad! para redimir al esclavo habeis entregado al Hijo <sup>2</sup>.

¡Oh Dios infinito! ¿cómo habeis podido usar para con nosotros de una ternura tan admirable? ¿Quién jamás podrá comprender un tal exceso de amor, que para rescatar al esclavo hayais querido dar á vuestro Hijo único? ¡Ah, Dios mio, bondad suma! puesto que Vos nos habeis dado lo que teniais de mas precioso, es muy justo que yo os dé lo mejor que tengo. Vos me pedís solo mi amor, y yo no os pido tampoco sino vuestro amor. Ved aquí, pues, mi pobre corazon, yo lo consagro todo entero á amaros. Criaturas todas, cualesquiera que seais, salid fuera de mi corazon, haced lugar á mi Dios, que lo merece todo entero, y quiere poseerlo totalmente y sin ningun rival. Yo os amo, ó Dios de

<sup>1</sup> Non servum, non Angelum, sed Filium suum donavit.

<sup>2</sup> O mira circa nos tuae pietatis dignatio! O inaestimabilis dilectio caritatis! ut servum redimeres Filium tradidisti. (*Exult. in Sabb. S.*)

amor, yo os amo mas que á ninguna otra cosa, y no quiero amar sino á Vos solo, mi Criador, mi tesoro, mi todo.

2. Dios nos ha dado á su Hijo, ¿y por qué motivo? Únicamente por amor. Pilato por un temor humano entregó Jesús á los judíos <sup>1</sup>; mas el Padre eterno nos ha dado á su Hijo por el amor que nos tiene <sup>2</sup>. Santo Tomás dice que en toda donación el amor es el primer don <sup>3</sup>. Cuando se nos da alguna cosa, el don primero que recibimos es el del amor que nos ofrece el mismo donante en aquello que nos da; porque segun la reflexion del angélico Doctor, la única razon de todo don gratuito es el amor: de otra suerte, cuando la donación se hace por otro motivo que el del amor, deja de ser un verdadero don. Pues bien, la donación que el Padre eterno nos hace de su Hijo, ha sido un verdadero don del todo gratuito y sin ningun mérito de nuestra parte: por esto se dice que la Encarnación del Verbo se hizo por la operación del Espíritu Santo, es decir, únicamente por

<sup>1</sup> Tradidit voluntati eorum. (*Luc. xxiii, 25*).

<sup>2</sup> Pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom. viii, 32*).

<sup>3</sup> Amor habet rationem primi doni. (*Part. 3, q. 38, art. 2*).



amor, como se expresa el mismo Doctor <sup>1</sup>.

Pero no es solamente por puro amor el habernos dado Dios á su Hijo, es tambien por un amor inmenso ; y ved aquí precisamente lo que el mismo Jesús quiso declarar cuando dijo : *Sic Deus dilexit mundum*. Así amó Dios al mundo. Esta palabra *sic*, así, dice san Juan Crisóstomo, significa la vehemencia del amor con que Dios nos hizo este gran don <sup>2</sup>. ¡Ah! ¿qué mayor amor podia Dios manifestarnos que condenar á muerte su Hijo inocente, para salvar á unos miserables pecadores como nosotros <sup>3</sup>? Si el Padre eterno fuera capaz de padecimiento, ¿qué pena hubiera experimentado cuando se vió en algun modo forzado por la justicia á condenar este Hijo, á quien ama tanto como á sí mismo, á morir con una muerte tan cruel y tan ignominiosa? Él ha querido que espirara en medio de los tormentos y de las angustias, dice Isaías <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Ex maximo Dei amore provenit ut Filius Dei carnem sibi assumeret. (III p. q. 32, a 1).

<sup>2</sup> Verbum sic significat amoris vehementiam.

<sup>3</sup> Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (Rom. viii, 32).

<sup>4</sup> Et Dominus voluit conterere eum in infirmitate. (Isai. LIII, 10).

Imaginaos, pues, que veis al Padre eterno teniendo á Jesús muerto entre sus brazos, y diciéndonos : O hombres, este es mi Hijo carísimo, en quien tengo todas mis complacencias <sup>1</sup>. Ved aquí cómo he querido tratarle por vuestras iniquidades <sup>2</sup>. Ved aquí cómo le he condenado á morir en una cruz, sumergido en la mayor afliccion, abandonado hasta de mí mismo que le amo tan tiernamente. Todo esto he hecho yo á fin de obtener vuestro amor.

¡Oh bondad infinita! ¡oh misericordia infinita! ¡oh amor infinito! ¡oh Dios de mi alma! puesto que por mí habeis querido la muerte del mas caro objeto de vuestro corazón, yo os ofrezco por mí el gran sacrificio que vuestro Hijo os ha hecho de sí mismo ; y á nombre de sus méritos os ruego me concedais el perdon de mis pecados, vuestro amor y vuestro paraíso. Grandes son las gracias que yo solicito, pero mas grande es todavía el precio que os presento. Por el amor de Jesucristo, ó Padre mio, perdonadme, y salvadme. Si hasta ahora os he ofendido, ya me

<sup>1</sup> Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui. (II Petr. I, 17).

<sup>2</sup> Propter scelus populi mei percussi eum. (Isai. LIII, 8).



arrepiento de ello mas que de ningun otro mal; y al presente os estimo y os amo mas que á ningun otro bien.

3. ¡ Oh cielos! ¿quién, pues, podia amarnos hasta tal punto, sino un Dios de amor infinito? San Pablo dice: Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo <sup>1</sup>. El Apóstol llama *extremado* este amor que Dios hizo resplandecer dándonos á los hombres, por medio de la muerte de su Hijo, la vida de la gracia perdida por nuestros pecados. Mas no, este amor no fue extremado para un Dios que es el amor mismo <sup>2</sup>. San Juan dice que enviando su Hijo al mundo, para merecernos por su muerte el perdón y la vida eterna, quiso hacernos ver con esto hasta dónde llegaba la grandeza del amor de un Dios para con nosotros <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Deus autem, qui dives est in misericordia, propter nimiam caritatem qua dilexit nos, cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo. (*Ephes. 11, 4*).

<sup>2</sup> Deus caritas est. (*I Joan. 1v, 16*).

<sup>3</sup> In hoc apparuit caritas Dei in nobis, quod Filium suum unigenitum misit Deus in mundum ut vivamus per eum. (*I Joan. 1v, 9*).

Nosotros estábamos muertos por el pecado á la vida de la gracia, y Jesús por su muerte nos ha resucitado. Nosotros éramos miserables, feos y abominables; mas Dios, por medio de Jesucristo, nos ha hecho ricos, hermosos y amables á sus divinos ojos <sup>1</sup>. *Gratificavit*, esto es, nos ha hecho graciosos y agradables; sobre lo cual hace san Crisóstomo esta pregunta: Si á un pobre leproso cubierto de úlceras y del todo asqueroso le curara alguno de la lepra, y además le hiciera hermoso y rico, ¿qué reconocimiento no conservaria este á su bienhechor? Pues ¿cuánto mas deudores somos nosotros á Dios; puesto que, hallándose nuestras almas desfiguradas y aborrecibles por el pecado, no solamente las ha librado del pecado por Jesucristo, sino que además las ha hecho hermosas y amables? El Apóstol dice que Dios nos ha colmado en Jesucristo de toda suerte de bendiciones espirituales para el cielo <sup>2</sup>. Y Cornelio Alápide lo comenta así: Nos ha enriquecido de todos

<sup>1</sup> Gratificavit nos in dilecto Filio suo. (*Ephes. 1, 6*).

<sup>2</sup> Benedixit nos omni benedictione spirituali in coelestibus in Christo. (*Ephes. 1, 3*).



los dones espirituales <sup>1</sup>. *Benedicir* de parte de Dios, es hacer bien ; luego dándonos el Padre eterno á Jesucristo nos ha llenado de todos los dones, no terrenos en el cuerpo, sino espirituales en el alma, *in coelestibus*, dándonos por medio de su Hijo una vida celestial en este mundo y una gloria celestial en el otro.

Benedicidme, pues, hacedme bien, ó Dios de amor, y sea vuestro beneficio el absorber todo mi amor en Vos <sup>2</sup>. Haced que el amor que me habeis tenido me inflame de amor en vuestra bondad. Vos merecíais ser amado con un amor infinito : mas yo os amo con todo el amor de que soy capaz, yo os amo mas que á ninguna otra cosa, yo os amo mas que á mí mismo, yo os hago donacion de toda mi voluntad, y ved aquí la gracia que os pido : hacedme en adelante vivir y obrar en todo según vuestra divina voluntad, que no quiere sino mi bien y mi eterna salvacion.

4. Mi Rey y Señor, decia la Esposa sagrada, me ha introducido en la cámara del

<sup>1</sup> Benefecit nos omni dono spirituali.

<sup>2</sup> Trahe me vinculis amoris tui.

vino <sup>1</sup>, es decir, me ha puesto á la vista todos los beneficios de que me ha colmado para obligarme á amarle ; *ordinavit in me caritatem*. Dice un autor, que Dios á fin de conquistar nuestro amor ha enviado, por decirlo así, contra nosotros un ejército de beneficios, hijos de su amor <sup>2</sup>. Mas la dádiva especial que nos hizo de su Hijo, dice el cardenal Hugo, fue aquella flecha reservada predicha por Isaías : Él me ha puesto, dice, como una flecha escogida, y me ha escondido en su aljaba <sup>3</sup>. Así como un cazador, continúa el Cardenal, guarda la mejor flecha para dar el último golpe al venado, del mismo modo Dios entre todos sus beneficios retuvo á Jesús en su seno como en reserva, hasta que llegó la plenitud de la gracia ; entonces lo envió como para dar el último golpe, y herir de amor los corazones de los hombres <sup>4</sup>. El apóstol san

<sup>1</sup> Introduxit me Rex in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem. (*Cant.* II, 4).

<sup>2</sup> Instruxit contra me caritatem tanquam exercitum. (*Gasp. Sanchez*).

<sup>3</sup> Posuit me quasi sagittam electam, in pharetra sua abscondit me. (*Isai.* XLIX, 2).

<sup>4</sup> Sagitta electa reservatur: ita Christus reservatus est in sinu Patris, donec veniret plenitudo temporis; et tunc missus est ad vulneranda corda fidelium.





Pedro se sentia herido de esta flecha, dice san Juan Crisóstomo, cuando decia á su Maestro : Señor, Vos sabeis que os amo <sup>1</sup>.

¡Ah, Dios mio! yo me veo cercado por todas partes con las redes de vuestro amor. Yo tambien os amo ; y si os amo, tambien sé que Vos me amais. Y ¿quién podrá jamás separarme de vuestro amor? Solo el pecado. Mas á Vos solo toca librarne por vuestra misericordia de este mónstruo infernal. Prefiero toda suerte de males, la muerte mas cruel, y aun el ser aniquilado, antes que ofenderos con el pecado mortal. Pero Vos conoceis mis caidas pasadas, Vos conoceis mi debilidad : ayudádme, Dios mio, por el amor de Jesucristo. Soy la obra de vuestras manos : Vos me habeis criado, no me desprecieis <sup>2</sup>. Si por mis pecados merezco que me abandoneis, ¿no merezco tambien que tengais piedad de mí por el amor de Jesucristo, que ha sacrificado su vida por salvarme? Os ofrezco sus merecimientos, que son todos míos, y por ellos os pido y espero de Vos la santa perseverancia y una buena muerte ; y entre tan-

<sup>1</sup> Domine, tu scis quia amo te. (Joan. XXI, 16).

<sup>2</sup> Opus manuum tuarum ne despicias. (Ps. cxxxvii, 8).

to, la gracia de emplear lo que me restare de vida en vuestra mayor gloria. Basta ya de ofensas : me arrepiento al presente de ellas con todo mi corazon, y quiero amaros con todas mis fuerzas. No quiero resistir mas á vuestro amor, yo me entrego todo á Vos. Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y haced de mí lo que os agradare. Dios mio, yo os amo, y solo pido amaros siempre. Oidme por los méritos de Jesucristo. María, madre mia, rogad á Dios por mí. *Amen, asi sea.*